
La República de los Atenenses, “Jenofonte”, estudio preliminar, traducción del griego y notas del profesor Dr. Jorge Óscar Velásquez Gallardo, Universitaria, Santiago, 2010, 75 pp.

Hannah Arendt en su libro *Qué es política*, establece que las experiencias fundamentales de la política en Occidente provienen de dos realidades de la Antigüedad: la *polis* griega y la *res publica* romana, pues de ellas deriva gran parte de nuestro vocabulario político. En tanto, Weber señala que es en Grecia donde se desarrolla por primera vez el *homo politicus*. Por otro lado, la mitología griega atribuye al héroe Teseo el primer *sinequismo* o reunión de tribus en una ciudad, pero es Aristóteles en su *Política* el que enumera de modo verosímil la historia de las constituciones de Atenas: partiendo de la época arcaica con la entrada del héroe Ion, luego vendrá la constitución del tiempo de Teseo. Sin embargo, en épocas históricas es cuando surge la primera reorganización de Dracón (621 a. C.), donde se escribieron por primera vez las leyes. Más tarde vendrá la de Solón (591 a. C.), la cual dio comienzo a las constituciones democráticas de Atenas, que girarán en torno al principio fundamental de la *isonomía* o igualdad ante la ley, aunque de hecho le sucederá la tiranía de Pisístrato y sus hijos (561-511 a. C.). Las importantes reformas de Clístenes vendrán a consolidar la democracia (508 a. C.). Ya entrado el siglo V se produce la supremacía del Areópago (478-462 a. C.), las reformas de Efialtes (462 a. C.) y el gobierno de Pericles (461-429 a. C.), que se considera una democracia radical. Luego viene la revolución de los Cuatrocientos (411 a. C.) y la de los cinco mil (410 a. C.); la tiranía de los Treinta y de los Diez (404 y 403 a. C.) para culminar con la restauración de la democracia en el 403 a. C., que marca también el comienzo de su decadencia. Con casi todos los cambios se aumentó el poder del pueblo y se aseguró la igualdad de *isegoría*.

La República de los Atenenses, es el primer escrito del género de la teoría política en Occidente, obra de un autor desconocido llamado *Pseudo-Jenofonte* por la tradición doxográfica. Por tal razón el profesor Velásquez recurre al nombre “entrecomillado” para anotar su nombre, vale decir, “Jenofonte”, conocido como el Viejo Oligarca, por sus tesis conservadoras y aristocráticas en materias políticas, o también como *joven oligarca*, toda vez que sus juicios demuestran una apasionada crítica sobre los procedimientos democráticos. Esto, acompasado en un estilo coloquial, directo, irónico y elegante, que suponemos sea el propio del siglo de la ilustración sofística. De tal suerte, el perfil del escritor se acerca a un político como Critias, o a un socrático como Jenofonte, pues su carácter indica que probablemente se trataba de un aristócrata ilustrado, de familia terrateniente, o alguien perteneciente a la élite de la caballería que miraba con sospecha la libertad de expresión

de la gente vulgar. De tal modo, el escrito se presenta como “una suerte de panfleto de carácter político, escrito por un viejo oligarca, denominado como Pseudo Jenofonte, alrededor del 420 a. C. en la Atenas Imperial”. Por cierto que el texto es una pieza singular en la historia de la filosofía política, toda vez que exhibe un carácter aristocrático en medio de épocas democráticas. No obstante, desde el inicio, en el párrafo *proléptico*, se expresa una particular perspectiva, cuyo plan retórico congenia el reporte histórico con la mirada crítica, instalando así una singular forma de objetividad teórica. Cito: “Pues bien, sobre el sistema político (*politeias*) de los atenienses, el que hayan elegido este tipo de sistema político no lo apruebo por lo siguiente: porque al elegirlo optaron porque los plebeyos (*ponerous*) estén mejor que los aristócratas (*jrestous*): esa es justamente la causa porque no la apruebo. Pero una vez que les pareció que así debía ser, les demostraré que preservan bien su sistema político y ejecutan bien las otras cosas en que los otros griegos creen que ellos se equivocan” (p. 55).

De tal manera, queda meridianamente claro que las instituciones democráticas, sus prácticas sociales y la actitud de su clase dirigente, son abiertamente cuestionadas. Aunque, no obstante su ineptitud, se les reconoce la notable capacidad de preservación del sistema imperante y la continuidad del régimen. Este desdoblamiento del narrador resulta de interés, toda vez que su metodología se sostiene en un doble estándar, a saber, la narración de la vida institucional desde una perspectiva objetiva y crítica a la vez, que describe y reprueba el despliegue de las prácticas democráticas dentro de la *polis*.

La presente edición a cargo del Dr. Oscar Velásquez comienza con un excelente prólogo del Premio Nacional de Historia, Jorge Hidalgo, lo que dificulta escribir algo mejor como presentación del libro, pues resulta ser un interesante comentario preliminar desde su erudita mirada del mundo griego. Quisiera además destacar que este breve prólogo termina con una profética caracterización del perfil intelectual del Dr. Velásquez, pues sugiere a través de una ilustrativa anécdota que, “para algunos la Universidad no es necesaria”, situación que corresponde con la situación actual del filósofo chileno, cuya producción de libros sigue en marcha y con méritos suficientes para postular al Premio Nacional de Humanidades. En tanto, en el *Estudio Preliminar*, que precede a la traducción del griego ático, se profundiza lo suficiente la comprensión como para reflexionar y revisar la discusión bibliográfica de esta obra, pionera de la ciencia política, cuya propuesta original logra cierta empatía con el lector, mediante sus razonamientos retóricamente convincentes y complementados oportunamente con las ochenta y ocho notas que la contextualizan, finalizando la edición con un sobrio índice temático.

Por último, la moraleja de esta singular obra parece consistir en que, la crítica a las instituciones del poder de la propia patria es un ejercicio peligroso, pero iluminador de la realidad política, toda vez que no existirá nunca el gobierno ideal que pueda encarnar la justicia perfecta en este mundo contingente. No obstante, queda la sensación de que la democracia es el mal menor de la política, ya que su propio dinamismo debe conducir a su permanente renovación y salvación mediante el ejercicio del escrutinio público de las

autoridades por parte de la comunidad. En este sentido, es la lucha por el poder mediante prácticas dialécticas en el espacio público, como son la inclusión participativa y la exclusión sectaria, lo que parece ser el nervio central que promueven los actores de las contradicciones de la época descrita, y quizás de todos los tiempos democráticos. Finalmente recomiendo esta lectura a todos los helenistas de vocación, y también a los amantes de las bellas letras del ámbito hispanoamericano, que tenemos la suerte de encontrarnos con un nuevo aporte del maestro de las letras Oscar Velásquez Gallardo.

DR. DAVID MORALES T.
Universidad Diego Portales
david.morales@udp.cl